

EL SANTIAGUEÑOZO (ARGENTINA, 1993) LAS MEMORIAS DE LA PROTESTA

Javier Auyero¹

Introducción: los objetos del deseo

“Esto es para vos”, me dijo Nana, una empleada de los tribunales de Santiago del Estero, al darme una lágrima de la araña de cristal de la casa de gobierno. “Me la llevé como un *souvenir*, cuando tomamos y quemamos esa casa corrupta... quedátela, como un recuerdo de mi Santiago.” Tomado por sorpresa, le pregunté: “¿Qué significa esto para vos?”. “Es un recuerdo”, me contestó. “Es un recuerdo de ese día... y estoy chocha [feliz] porque de pronto ese recuerdo te interesa a vos, entonces es un recuerdo valioso. Al menos vale, porque si ya te interesa a vos. Es un *souvenir*, yo dije ‘voy a entrar (a la casa de gobierno) porque quiero un *souvenir*’. Para vos, ¿qué es eso?”

Esta fue nuestra última entrevista en lo que es ahora una transcripción de unas 50 páginas sobre su participación en el *santiagoueño*, el “estallido social” que conmovió a esta provincia y al país el día 16 de diciembre de 1993. Durante este día de furia miles de manifestantes (la mayoría empleados públicos) invadieron, destruyeron y quemaron los edificios de la casa de gobierno, la legislatura, los tribunales y las residencias de cerca de una docena de prominentes políticos locales. Empleados estatales y municipales, maestras de primaria y secundaria, jubilados, estudiantes, dirigentes sindicales y otros reclamaban el pago de sus salarios, jubilaciones y pensiones (adeudados desde hacía tres meses), protestaban contra la implementación de políticas de ajuste estructural y expresaban su descontento con la generalizada corrupción gubernamental.

¹ Por su hospitalidad en Santiago del Estero quiero agradecer a Sonia, Raúl y Raulín. Carlos Zurita, Alberto Tasso y Raúl Dargoltz fueron una indispensable guía intelectual en mi paso por Santiago. No sólo compartieron conmigo sus ideas sobre la realidad de Santiago y las causas y consecuencias de la protesta, sino que hicieron de mi estadía allí una experiencia inolvidable. No tengo palabras para agradecer a todas y cada una de las personas a las que entrevisté, sin su tiempo este trabajo –demás está decirlo– hubiera sido imposible. Por sus comentarios y críticas a un borrador de este trabajo quiero agradecer a Ethel Brooks, Jeffrey Olick, Carmenza Gallo, Charles Tilly, Loïc Wacquant, Naomi Rosenthal, Lucas Rubinich, Alejandro Grimson, Wayne Te Brake, Howard Lune, Roy Licklider, Carol Lindquist, Ann Mische, Elke Zuern y Marina Farinetti.

“Después de ese día –me contaba Mario (en aquel momento oficial en el departamento de policía local)– comencé a buscar las cosas que se habían robado de la casa de gobierno. Enseguida, mis superiores me ordenaron recuperar las cosas robadas.” El hecho de que los objetos de más valor (no aquellos “insignificantes” como la lágrima de cristal que ahora ornamenta mi oficina) que Mario encontró estaban en posesión de gente cercana al gobierno (“amigos del poder”, según él los definió) llevó a su expulsión de la fuerza. Parte de su ira frente a esta decisión arbitraria fue expresada en una larga conversación que tuvimos en el verano de 1999. En esta charla, Mario insistió en contarme “lo que realmente pasó”. “Ese día, se terminó mi carrera”, me dijo apenadamente, “y quería contarle mi versión de la historia”.

En este artículo, me voy a concentrar en las diversas experiencias del evento, o, mejor dicho, en las maneras en que las experiencias del “estallido” son recordadas y relatadas seis años después del mismo. Estoy interesado, particularmente, en la forma narrativa que adquieren las memorias cuando la entrevista etnográfica abre un espacio de recuerdo. Basado en una serie de entrevistas y conversaciones informales llevadas a cabo en el invierno de 1999 en la ciudad de Santiago del Estero y en investigación conducida en los archivos de la hemeroteca del Congreso Nacional, en Buenos Aires, y en los archivos del diario *El Liberal*, en Santiago del Estero², este trabajo debe verse como un primer intento por hacer de las historias del *santiagoueño* un objeto de explicación social. Tiene tres objetivos. En primer lugar, el trabajo busca reconstruir parte de la historia de la protesta más violenta en la Argentina democrática contemporánea. Este “estallido” fue el primero en combinar protesta contra medidas de ajuste y contra corrupción pública generalizada, en confluir en los símbolos del poder público en las residencias de políticos locales. En segundo lugar, este artículo intenta contribuir a los recientes debates sobre la relación entre movilización, narrativa, y construcción de identidad (Polletta, 1998a, 1998b; Tilly, 1998), prestando particular atención al rol de los relatos en la creación de los diferentes significados de un evento y en la construcción de las identidades de los participantes; en el trabajo argumento que los múltiples sentidos que los protagonistas del evento (manifestantes, policías, funcionarios del Estado, políticos, etc.) han estado construyendo desde que éste ocurrió no han sido creados por los individuos sino que son producto de diálogos, de un “*sparring* retórico” (Steinberg, 1995), de una “conversación beligerante” (Tilly, 1999) entre los detentadores del poder, los medios de comunicación y los manifestantes.

En tercer lugar, centrándose en la entrevista etnográfica como un espacio de “recuento”, este trabajo busca explorar el papel del analista social en la reconstrucción interactiva de los sentidos de la protesta colectiva, un rol que, a

² A los efectos de proteger su anonimidad, he modificado los nombres de los entrevistados, salvo en el caso de conocidos funcionarios públicos.

pesar de comprensivos tratamientos sobre el alcance y las formas de los “métodos cualitativos” (Denzin y Lincoln, 1994; Emerson, 1983), ha sido poco explorado. Argumentaré que la entrevista etnográfica no sólo posibilita la reconstrucción de estas conversaciones beligerantes sino que también facilita el surgimiento de sentidos que, de otra manera, se perderían.

En la primera parte, reconstruyo las historias que los periodistas, políticos, y un prominente juez cuentan sobre el mismo episodio, historias que —en combinación— constituyen una “memoria oficial”. Hablar de un “punto de vista oficial” sobre los eventos —el “punto de vista de los funcionarios en el que se expresa el discurso oficial” (Bourdieu, 1991, 136)— no significa que considere a este relato como algo monolítico y homogéneo. La historia de ese día y de sus efectos contada por un ex oficial de policía busca iluminar este punto. Mi reconstrucción, sin embargo, enfatizará en los acuerdos más que en las diferencias, porque es con estos acuerdos con los que los manifestantes construyen un diálogo contencioso. El *sparring* retórico que ocurre entre el punto de vista oficial y las historias más fragmentadas contadas por los manifestantes constituye el objeto principal de la segunda parte de trabajo. Aquí prestaré especial atención a dos sentidos particulares de la protesta: a) la dimensión carnavalesca que antagoniza con el énfasis que el discurso oficial pone en el carácter “lamentable” y “triste” de ese día, y b) el “respeto” y la “dignidad” que los manifestantes dicen haber buscado cuando protestaron; respeto y dignidad que la memoria oficial descarta cuando habla de un “mero reclamo salarial”. En la última parte, exploraré el rol de la etnografía en posibilitar que estos distintos significados salgan a la luz.

El marco dominante: las historias que cuentan periodistas y funcionarios

El relato que sigue es una reconstrucción basada en el número aniversario del *santiagueño* del periódico *El Liberal*, en la compilación de artículos publicada por el mismo diario “El estallido social en Santiago” y en el libro publicado por dos jóvenes periodistas del citado medio (Curiotto y Rodríguez, 1994).

La calurosa mañana del 16 de diciembre de 1993, el pueblo de Santiago explotó contra el atraso y la corrupción en una violenta manifestación que comenzó en la casa de gobierno. El relato de *El Liberal* describe detalladamente los hechos desde el punto de vista de quienes están en el interior del edificio atacado y detrás del cordón policial. La alarma del puesto de guardia suena de una manera inusual —continúa el relato— el agente de policía intenta alertar al resto de un grupo de manifestantes (300 de acuerdo al reporte) que se acercan hacia la casa de gobierno. El reporte, titulado “El día más triste”, sostiene que nada hacía prever la violencia de ese día, porque la policía estaba esperando una manifestación para el día siguiente, convocada por el líder de la oposición, el caudillo radical, José Zavalía. La violencia de esa “mañana fatal”

fue, entonces, imprevista y tomó a la policía por sorpresa, careciendo ésta de las municiones especiales necesarias para reprimir la protesta.

Veinticinco minutos pasaron luego de la primera alarma, cuando un grupo de “enardecidos manifestantes” se apropia de una camioneta de uso oficial, le da vuelta y la incendia. Ésta es, según el reporte, la primera indicación de que algo terrible ha de suceder. Dando a entender que los eventos de este día obedecen a algún plan oculto, el reporte sostiene que los manifestantes (identificados como empleados públicos, profesionales, desempleados, maestras, jubilados, estudiantes, políticos, y agitadores), aparentemente mejor organizados que en otras oportunidades, comienzan a arrojar objetos contundentes (ladrillos, piedras, palos, botellas, baldosas) hacia la casa de gobierno. Una de la piedras, arrojada por una “mano desconocida”, da en la cara del jefe de policía quien, en ese momento, está tratando de dialogar con los manifestantes. Éste es el instante crucial para el desarrollo de la violencia. Cuando el jefe de policía, con su cabeza llena de sangre, se desmaya, el desorden y la represiva respuesta policial se suceden. Minutos después la policía agota la balas de goma y los gases lacrimógenos. Ya es tarde cuando la guardia de infantería obtiene nueva munición, para ese entonces los manifestantes son los “dueños del campo de batalla”; ya están “a cargo de la situación”. Cientos de proyectiles rompen las ventanas de la casa de gobierno, mientras la policía en su interior “corre de un lado al otro sin saber qué hacer”. El fuego comienza a tomar partes del edificio y la policía es completamente sobrepasada. El gobernador Lobo se rehúsa a abandonar el edificio. A las 11:30 am el edificio está casi “completamente en llamas” y el jefe de policía convence al gobernador para que se marche del edificio: “Gobernador... puede haber una masacre, salga del edificio con los miembros del gabinete que nosotros lo escoltamos”. Apenas el gobernador se aleja, los 27 guardias de infantería también dejan el edificio, y comienza el ataque final. Cuarenta minutos después, los tribunales se convierten en el blanco de más de cien enardecidos manifestantes. Rompen las ventanas y entran al edificio, robando computadoras, máquinas de escribir, expedientes de los juzgados, y quemando sillas y mesas. En medio de los disturbios, se podía observar a gente del Partido Radical y de partidos de izquierda quienes “fomentan la violencia”. Es importante resaltar –continúa el reporte– que algunos empleados de tribunales facilitan la entrada de los manifestantes al edificio. La acción de los “revoltosos” no era al azar dado que algunos juzgados son “más atacados” que otros (el juzgado criminal de 5ª, por ejemplo, donde se procesaban muchos de los casos más notorios de corrupción).

A la 1 pm, un grupo de furiosos manifestantes ataca la legislatura, “destruyendo todo lo que encuentran”. La “horda” arroja las bancas de los legisladores por las ventanas y luego se dirige a la casa del gobernador Lobo, con el “firme propósito de quemarla”. Apenas los “revoltosos” entran a la casa de Lobo, un grupo de guardias de infantería llega al lugar y previene el asalto. Pero la “horda” se mueve más rápido que la policía; una hora más tarde están

saqueando y quemando las casa de políticos, funcionarios locales prominentes, y ex gobernadores (Crámaro, Iturre y Juárez). Sillones, mesas, alfombras, ropa interior, electrodomésticos, trajes, puertas, y ventanas son los “principales trofeos de la turba enardecida”, entre los cuales sobresalen mujeres y niños. Una de las casas que sufren la mayor devastación es la del ex ministro de Obras Públicas, López Casanegra, quien inicialmente intenta defender su propiedad. Otro grupo de manifestantes se dirige hacia la casa de uno de los líderes de la oposición (Zavalía), quien se defiende a balazos, apostado con algunos de sus seguidores en su residencia, evitando que los revoltosos entren allí. Son las 4:30 pm cuando un grupo de 250 personas ataca la residencia del ex gobernador Mujica, quemando su casa y su auto, “se roban muebles y electrodomésticos” mientras que los vecinos “aplauden y celebran” la destrucción. Más tarde, 200 manifestantes atacan las casas de los ex legisladores Gauna y Granda, este último intenta sin éxito defender su propiedad. Las casas del miembro del Superior Tribunal de Justicia (Moreno), del subsecretario de medios y relaciones institucionales (Brevetta Rodríguez), de una legisladora (Riachi) y del líder del sindicato de docentes más numeroso de la provincia (Díaz) también son destruidas y quemadas. Esa noche, el edificio de Matelsan –propiedad del ex gobernador Iturre– es atacado, sus puertas y muebles destrozados, mientras que los vecinos “dan vivas a los atacantes”. Finalmente, a las 9:30 pm uno de los edificios del Ministerio de Bienestar Social es asaltado. Una hora después, el Senado Nacional autoriza la intervención federal a Santiago del Estero. “Este es el comienzo de un nuevo período en la historia de la provincia” –una historia, concluye el reporte en diciembre de 1994–, que “está por escribirse”.

Junto a este reporte cronológico, el periódico presenta los testimonios de seis mujeres y tres hombres que, como espectadores de los eventos, expresan sus sentimientos y evaluaciones sobre lo sucedido. Como es de esperar, “el día más triste” es recordado con pena. “Me sentía muy mal por lo que estaba pasando –dice Susana–, estaba muy preocupada por mi familia, sobre todo por mis tres hijos. Creo que la gente no tendría que haber actuado tan violentamente, y no tendrían que haber destruido los edificios públicos.” Ester sostiene que ella sentía miedo y estaba enojada, Eugenia que vivió los eventos con dolor y amargura. “Prefiero no recordar –dice Sandra–, porque fue algo muy triste”, mientras María rememora el “terror” que sintió. Para Gustavo, el 16 de diciembre es una “mala memoria” porque “fue inútil”. Una historia triste, dice otro empleado público, pero “fue bueno para la provincia porque el pueblo reaccionó”.

También fue un día triste para el juez Luis Lugones, cuyo juzgado en el Palacio de Tribunales fue uno de los blancos preferidos de los “revoltosos”, y que tuvo a su cargo a las 144 personas arrestadas el 16 de diciembre. Luego de seis años de transcurridos los eventos, ¿Cómo los recuerda? ¿Qué historia cuenta sobre el 16 de diciembre?

Sus primeras palabras en nuestra larga charla dan cuenta de que su interpretación de lo que pasó ese “triste día” se confunde con la descripción de sus propias acciones, antes, durante y después de los episodios: “No me arrepiento de nada de lo que hice”, me dice. ¿Por qué debería estar arrepentido? Él tenía a su cargo uno de los casos más notorios de corrupción de la provincia, aquel que involucraba al subsecretario de medios y relaciones institucionales (Brevetta Rodríguez) quien, en conexión con otros funcionarios y el gobernador, habían firmado un contrato entre el gobierno y una empresa de publicidad fantasma por 300.000 dólares (*El Liberal*, 23-11-93, 7). Luego de estar fugitivo por 20 días, Brevetta Rodríguez se presentó al juzgado de Lugones pero fue liberado al día siguiente –decisión que para muchos analistas locales (Curiotto y Rodríguez, 1994; Dargoltz, 1994) fue el golpe final a la imagen pública de los tribunales: quedaba así demostrada la complicidad de la justicia con el poder político. “Dado que el delito era excarcelable y dado que soy un leal defensor de las garantías constitucionales, lo saqué de la cárcel”, me dijo Lugones en agosto de 1999. “La gente no lo entendió así –comentó–, porque estaban guiados por los medios. Fueron los medios los que hicieron las cosas más difíciles, los que seguían echando leña al fuego.” Él hizo “lo correcto, lo que había que hacer –es una frase que repitió en más de una oportunidad durante nuestra entrevista–” con el caso de Brevetta como con aquellos arrestados por el saqueo y la destrucción de las residencias de políticos y funcionarios. Lugones justifica su decisión de liberar a los 144 detenidos (88 hombres, 7 mujeres y 49 menores, todos varones) explicando que “éstos estaban en peligro, dado que los que estaban dentro de la cárcel se habían enterado de que sus expedientes habían sido quemados e iban a castigar a los responsables”. En realidad “estaba protegiendo” a los detenidos. Éstos eran “gente muy humilde, incapaz de actuar por sí mismos: eran un rebaño”. Este “rebaño inocente” fue incitado a la violencia por “agitadores”, el juez me explica. “La multitud consistía de aquellos que provocaron, que fueron los que prendieron fuego a todo, y aquellos que sacaron ventaja de la situación” (saqueadores que se llevaron una mesa o una silla, algunos de los cuales fueron arrestados y luego liberados por él). Estos “agitadores –continúa– eran una mezcla de gente de otras provincias, como Tucumán y Córdoba y dirigentes sindicales locales”. Pero eran “una pequeña minoría aislada. Trescientas personas no son toda la sociedad... solamente 50 decían ‘Vamos a quemar todo’. Vinieron preparados con nafta. Estos activistas tenían unos papelitos con los nombres de las casas que iban a quemar... Había intereses políticos detrás”.

Es muy dudoso, escribe el historiador George Rudé sobre la multitud, que se pueda establecer “una clara distinción... entre los que se suman a la multitud y los que permanecen en las veredas o incluso se quedan en sus casas... existe un evidente lazo de simpatía e interés común que vincula a los pocos activos con los muchos inactivos” (1964, 212). El juez Lugones estaría completamente en desacuerdo. Aparte de quienes “agitaron” y de quienes “sacaron ventaja de la situación”, él sostiene que la mayoría de la gente “miró todo por la televisión con gran pena porque se quemaba un monumento histórico

(la casa de gobierno)". Pena y dolor son los temas principales en su historia, sobre todo cuando recuerda sus propios sentimientos al saber que los tribunales ardían: "Sentí un gran dolor, porque era *nuestra casa*".

¿Cuáles fueron las causas del "estallido"? El juez y la mayoría de los periodistas locales tienen una explicación formada que combina la identificación de un reclamo con el surgimiento de la movilización (conjunción que estudiosos del surgimiento de acciones colectivas han probado errónea) (Tarrow, 1998). De acuerdo con este punto de vista, los eventos del 16 fueron causados por el retraso de tres meses en la paga de los salarios, ni más ni menos. El gobierno dejó de pagar a sus empleados durante tres meses y, en diciembre, "la gente estaba como loca" —como me explicaba un periodista. O como sostiene otro periodista de *El Liberal* "la furia, el desencanto, la irritación y la necesidad de robar se apoderaron de la ciudad y no hubo fuerza de contención que aplacara esa sed de romper y tomar lo ajeno" (Gallardo, 1994, 39). La falta de pago de salarios está también en la raíz de la ausencia de represión por parte de la policía. Cierto es que la policía fue sobrepasada por los manifestantes (el reporte policial al que tuve acceso menciona la cantidad de manifestantes, su "agresividad" y la falta de municiones antimotines, como las razones fundamentales detrás de la falta de respuesta policial), pero, como "acá en Santiago, todo el mundo sabe", me contaban muchos periodistas locales, los salarios de la policía también estaban impagos. Uno de los directores de *El Liberal* me expresaba lo que su amigo, el ex gobernador Lobo, le había confesado en privado luego del "estallido": "No le pagué a la policía, ése fue mi error". Esto, de acuerdo con muchos, explica la falta de represión y la "libertad" de la que gozaron los manifestantes ese día.

Además de la falta de pago de salarios a empleados públicos y policías, la corrupción generalizada alimentó la "bronca", la "furia" y la "irritación" que "el pueblo" sintió en ese momento. Como lo explicaba otro periodista: "Los santiagueños se cansaron de tanta corrupción, felonía, impunidad e inmunidad institucionalizadas. Explotaron debido al hartazgo de asistir perplejos, atónitos y casi de rodillas al lamentable espectáculo que daban los políticos, la dirigencia sindical y los gobernantes de turno, que se repartían el botín privilegiando el interés propio por encima del comunitario" (Jozami, 1994, 26). Otro periodista de *El Liberal* coincidía en que la corrupción gubernamental era uno de los "motores de la protesta" (Luna, 1994, 56). Así como el juez, muchos periodistas que cubrieron los eventos crean una taxonomía de participantes, distinguiendo a los manifestantes de los "vándalos" (Garay, 1994, 24; Díaz, 1994, 54) y acentuando la presencia de agitadores: "muchos rostros extraños, algunos con tonadas porteñas o tucumanas, cordobesas y hasta santafesinas" (Gallardo, 1994, 38); y "entre las 1.200 personas que concurrieron a la movilización de los empleados públicos, sólo figuraron 100 vanguardistas, que fueron los que asaltaron y quemaron..." (Díaz, 1994, 49).

Una multitud inocente liderada por activistas –un “pasivo instrumento de agitadores externos”, como diría Rudé (1964, 8)– descargó su ira y furia por la falta de pago de salarios, me explica el juez; y por la corrupción generalizada, añaden la mayoría de los periodistas locales. Los políticos locales también acusan a activistas “de afuera” por los “actos de vandalismo”. Con las diferencias y contradicciones internas que están más allá de los límites de este artículo, quienes ocupan las posiciones dominantes en los campos periodístico y político construyen un “marco dominante” (Steinberg, 1995) –esto es, un esquema interpretativo que condensa y simplifica las diferentes dimensiones y sentidos de la protesta– para explicar los eventos del 16 de diciembre. Como veremos, es en relación con este marco (en diálogo con él) que los participantes en la protesta construyen historias parcialmente diferentes de los mismos eventos, si bien están siempre condicionados “por el habla hegemónica de los detentadores del poder” (Steinberg, 1995, 60). Este marco dominante tiene, para sus defensores, la fuerza de los hechos. Después de todo, el gobernador Juárez fue electo por cuarta (y en 1999 por quinta) vez por “la misma gente” que saqueó y quemó su casa. “Ves, no cambió nada”, me explicaron en repetidas ocasiones.

De acuerdo con esta construcción discursiva del 16 de diciembre, dado que no mucho cambió en Santiago del Estero, nada significativo pasó ese día, fue “un mero reclamo salarial”. Como me describía el juez Lugones, para quienes “se robaron una silla o una televisión, lo que pasó el 16 no significó nada, nada de nada, por ahí un par más de botellas de vino, eso es todo... el llamado ‘santiagoñazo’ no existió. No cambió el destino de Santiago del Estero”. El juez interpreta el 16 de diciembre como un no-evento, no como ese “hecho histórico que deja una traza singular y única, que marca a la historia con sus consecuencias particulares e inimitables” –como define Dumoulin al evento (citado en Tarrow, 1996, 586)– sino como un “pico de fiebre, como un par de grados más en el calor de Santiago. Después de eso, todo volvió a la normalidad”.

El policía despedido tiene su oportunidad de hablar

“Ese día me costó la carrera”, me dijo Mario, oficial de policía encargado de la seguridad de la casa de gobierno el 16 de diciembre de 1993, luego de presentarse. Para él, nada volvió a la normalidad. En los meses que siguieron al “estallido”, fue dado de baja de la policía debido a una serie de episodios relacionados con la quema y el saqueo de edificios públicos y residencias privadas de los notables locales. Desempleado y enfurecido con “aquellos al frente de la institución”, encontró (¿finalmente?) alguien al cual “contarle la verdadera historia de lo que pasó”, según me dijo cuando –al ver una nota de *El Liberal* reportando mi presencia en Santiago bajo el título “El *santiagoñazo* desde la óptica de un sociólogo”– llamó al hotel donde me hospedaba. Por teléfono me dijo: “Quiero contarle mi versión de lo que pasó”. Conversamos en el *lobby* del hotel por más de dos horas, al final de las cuales tuve la sensa-

ción no sólo de haber tenido acceso privilegiado a una versión tan privada como relevante de los hechos –una historia que se hubiese perdido de otra manera– sino de haber tocado una dimensión ausente en el discurso dominante sobre los eventos. Para Mario, el “estallido” –y lo que vino después– no tuvo sólo que ver con demandas específicas sino, sobre todo, con una búsqueda de dignidad y de reconocimiento.

“Cualquier oficial de combate –escriben McAdam, Tarrow y Tilly– admite en privado... que tanto las representaciones públicas de identidades políticas como otras formas de participación en conflictos se suceden mediante una intensa coordinación, contingente improvisación, maniobras tácticas, respuestas frente a señales de otros participantes, reinterpretaciones de lo que es posible, deseable, o eficaz realizadas en el momento...” (1999, 5). Mario estaría totalmente de acuerdo con esta afirmación. En realidad, él estaba “estudiando, –según me dijo– todos los movimientos y la coordinación” que ocurrían “antes del 16”. Estaba “haciendo inteligencia porque me interesaba lo que estaba detrás del reclamo salarial, los motivos, la gente que estaba involucrada”. Sabiendo, implícitamente, que la interacción entre actores es “la base y el sitio de la contención” (McAdam, Tarrow y Tilly, 1999, 6), Mario “salía de (su) jurisdicción para identificar a los grupos que solían demostrar frente a la casa de gobierno” y para detallar las relaciones existentes entre éstos. “Iba a las reuniones en los sindicatos y sacaba fotos. Tenía muy buena información de los gremios más activos, sobre la coordinación entre los distintos grupos”. Si bien admite que “yo sabía que se venía algo grande, y que la quema de la casa de gobierno estaba entre los objetivos de la gente, toda la responsabilidad por lo que pasó recae en la policía. La policía no tomó en serio la situación”. Sin que yo mencione el reporte de *El Liberal*, Mario hace explícita referencia a él, “los diarios mienten”, lo que el periódico reporta como el momento crucial en el inicio de la violencia (la piedra que impacta en la cara del jefe de policía) es “pura mentira. Él hizo teatro y ordenó la represión. La gente se enardeció”, las tácticas policiales no dieron resultado alguno, “y nosotros fuimos los reprimidos”. En explícito diálogo con las versiones como las del juez y varios periodistas, que ven al estallido como producto de la presencia de “agitadores y activistas externos”, Mario sostiene que éste fue producto de una intensa coordinación y planeamiento por parte de los manifestantes durante las semanas previas: “Sí, activistas sí, sí, por eso se refiere a que alguna gente era más activa que otra... pero eran todos de Santiago”.

Mario me detalló las razones por las que cree que la policía no reprimió efectivamente la protesta: no tenían municiones y las que tenían era de “muy mala calidad” (eran de 1978), lo mismo que los gases lacrimógenos los cuales no ardían, permitiendo a los manifestantes “devolvernos los gases”. Pero principalmente, dice Mario, la ausencia de represión se debió a que “la infantería recibió la orden de abandonar el lugar... y a la gente de mi comisaría la dejaron sola. No teníamos ropa, nuestra ropa estaba toda rota, estábamos vestidos de civiles. No pudimos hacer nada”. Él se opone tajantemente a la versión

que señala los salarios de la policía como la razón fundamental de su inacción, y apunta, sin decirlo explícitamente, a una economía moral de la fuerza policial que estaba siendo amenazada en ese momento y que explicaría por qué no reaccionaron de la manera esperada:

...[el reclamo salarial] es una excusa... podríamos haber hecho algo para proteger la casa [de gobierno]. Tratamos de calmar a la gente, pero no teníamos armamento. Estábamos totalmente desarmados. No teníamos la ropa adecuada.... Si bien no teníamos los medios, podíamos haberlo prevenido. Yo estaba muy enojado con la falta de capacidad y liderazgo de mis superiores, no de los subalternos... La política siempre estuvo metida en la fuerza [policial], todos los ascensos se hacían por política.

No tenían ropa, repite varias veces en la entrevista. “No teníamos armas”, enfatiza, “y las balas eran viejas”, y “los superiores estaban ahí por la política”. Para Mario, los eventos del 16 de diciembre no tuvieron tanto que ver con reclamos salariales sino con la organización (de los manifestantes) y una (ya en ese entonces perdida) dignidad policial. En aquel día, la falta de municiones, ropa y liderazgo legítimo expuso la falta de reconocimiento que ellos –“los subalternos, no los superiores”– tenían como policías. Dado que ya habían dejado de ser policías, hicieron lo que tenían que hacer: se retiraron de escena.

La dignidad de Mario como policía fue nuevamente cuestionada luego del “estallido” cuando “mis superiores me ordenaron encontrar las cosas que habían sido robadas ese día y los siguientes”. “Una pistola española muy bonita... ésa fue la primera cosa que el gobernador Juárez me ordenó recuperar. Recuperé muchas cosas del saqueo de su casa: muebles clásicos, una mesa muy linda, el tapado de piel de la señora Nina (la esposa del gobernador), muchas, muchas cosas.” Mario me mostró una detallada lista de las cosas que encontró: máquinas de escribir, ventiladores, estufas, bicicletas, computadoras, teléfonos, armas, acondicionadores de aire, reproductores de video, ropa. Durante nuestra entrevista me mostró las fotos que él y sus oficiales tomaron durante los saqueos a las casas de los políticos locales y que le permitieron luego encontrar los objetos de más valor. “No fue tan difícil recuperar las cosas”, me dijo. Los problemas comenzaron cuando descubrió que los objetos más valiosos (el tapado de piel de Nina, sus joyas y sus zapatos) estaban en manos de funcionarios muy cercanos al gobernador Juárez. “El guardaespaldas de Juárez tenía la pistola española... la amante de un diputado tenía el tapado de piel de Nina”, me contó Mario y, viendo mi cara de sorpresa, rápidamente agregó: “Sí, ya sé, estaba jugando con fuego”. Pero siguió en búsqueda de los objetos robados: “Como un buen policía, yo seguía órdenes”. Comenzó a recibir amenazas: “La gente en la fuerza me decía que parara porque me iban a echar”. No se detuvo y, al poco tiempo, “me implicaron en el robo de un camión de sidra, diciendo que yo iba a vender toda la sidra que había sido robada”. Abre, entonces, otra carpeta, no ya la que tiene fotos de los manifestantes, sino una con recortes de diarios que reportan el “escándalo en la policía.

Agente involucrado en el robo de camiones”. Como era de esperar, fue despedido de la fuerza, “despedido por jugar con fuego”, me dice. “El 16 de diciembre es el comienzo del fin de mi carrera de policía”, sintetiza, “por eso le quería contar mi versión de lo que pasó”.

El discurso de los participantes

Las historias que cuentan los manifestantes

Enfurecida espontaneidad, dignidad, y el carácter festivo del incendio y saqueo son, contra el marco dominante, los elementos que los participantes directos en el “estallido” o bien tematizan explícitamente o bien refieren implícitamente.

“Antes que [los policías] se retiraran hubo un contacto entre la gente y la policía que no sabías si putearlos [insultarlos], pegarles, perdonarles, los aplaudieron y se fueron. Cuando ocurrió eso, no sabíamos qué hacer...” me contaba Roberto.

Yo empecé a buscar a la gente del frente³, para decirles que se hagan cargo de la situación... nadie sabía qué hacer... En ese momento vemos que la muchachada... los muchachos de los barrios, se levantan, se ponen los pañuelos, las camisetas, para cubrirse. Yo me acuerdo que entré hasta la mesa de entradas, cuando veo que los muchachos empiezan a quemar. Y eso me pareció horroroso. Subo y le digo a uno: ‘No quemen, no seas boludo, semejante casa tan linda’. No nos daban bola [prestaban atención] los changos, imparables, cuando yo le hablaba a este había tres o cuatro meta prender fuego arriba. Fue fracción de segundo y los tipos estaban quemando todo. Era imparable.

Contra la supuesta presencia de agitadores, esta confusión da cuenta de un sentido de espontaneidad que es explícitamente señalado en las entrevistas. Se hace referencia y, al mismo tiempo, se objeta la versión oficial de los hechos. “Fue espontáneo... no había gente de otros lugares *como dicen*. Acá nos conocemos todos, estaba en el ánimo de la gente”, me decía María, dirigente de uno de los sindicatos docentes. Y su compañera René agregaba: “Fuimos a tribunales, pero no había nada de organización. La gente se movía por grupos. Por ahí escuchábamos que la gente iba para tribunales y todos íbamos para tribunales... escuchábamos de otros... para ir a casa pasé por la legislatura, y no vi ninguna persona extraña *como se dice por ahí*, activistas, no...” Todos y cada uno a quienes entrevisté conectan su narración con la versión oficial del episodio, negando rotundamente la presencia de activistas o agitadores, y recurriendo a la imagen de una suerte de *bronca contagiosa* para explicar las razones por las que hicieron lo que hicieron. “Fue una cosa espontánea, fue un hecho que ocurrió por la situación en la que estábamos vivien-

³ Se refiere al Frente Social, un grupo de organizaciones sociales y sindicatos que se había formado en las semanas anteriores a los eventos del 16.

do”, dice Juana quien, en ese momento, era dirigente en una comunidad eclesial de base. O como afirma Nana: “*Algunos dicen* que fue sólo una cosa de vándalos. Ponele que haya habido vándalos aquí o allá, pero los que iniciaron todo, los que rompieron el cordón policial, no fueron los vándalos, fueron los laburantes [trabajadores], fueron gente de laburo; no contratamos ningún barra brava que venga a romper el vallado policial. Lo hacíamos nosotros, hacíamos círculos, nos poníamos a saltar y nos tirábamos contra la cana [policía], haciendo remolino, como hacen los pendejos [jóvenes] en los boliches [discotecas], para hacerlos romper... para no ir de frente”. En realidad, Nana y los demás acentúan la falta de organización como el problema más importante del “estallido”: fue debido a esta falta de organización que los hechos no tuvieron la trascendencia esperada.

Mientras que la “fiebre” de la que habla el juez sirve para dar a entender cierta irracionalidad de la multitud y cierta inocencia de “la horda”, el contagio y la espontaneidad de la que hablan los manifestantes cumplen otra función. De manera similar a las protestas realizadas por los estudiantes afroamericanos analizadas por Polletta (1998b), la repetida referencia (y el énfasis explícito) a la espontaneidad proporciona a los manifestantes “alguna defensa frente a las acusaciones que dicen que las protestas eran organizadas por ‘agitadores externos’” (Polletta, 1998b, 149). Como lo afirma Nana,

(E)sto fue algo hecho por santiagueños y desde Santiago del Estero, aquí no hubo barra brava de ningún club. *Eso es lo que más me calienta* [enoja] *del santiagueño, que la gente diga que* esto fue organizado por Cavallo, fue organizado por Araoz, por Palito Ortega, por Schiaretti o por Juárez⁴. Yo pienso que, si alguien quiso organizar esto, se le fue de las manos. Totalmente, totalmente, totalmente. Ojalá te pudiera poner una tribuna de gente que estuvo ocupando distintos lugares, y te van a decir lo mismo. Gente como yo, que no tenemos nada en juego y que no tendríamos por qué haber arriesgado el cogote. Como lo arriesgó mi compañero, porque las balas eran para cualquiera de nosotros.

Mientras que insisten en el carácter espontáneo de la revuelta, tanto Roberto, como María y René reconocen que –como Mario, el policía, bien lo supo– había habido incesantes esfuerzos organizativos antes del 16 de diciembre. En realidad, cuando se les pregunta por los orígenes o causas del “estallido”, todos los manifestantes ubican este día en una larga serie de eventos: “Todo comenzó al principio del 93”. Los esfuerzos organizativos incluían la formación de un Frente de Gremios en Lucha, que agrupó a varios de los sindicatos más combativos (lo que McAdam, Tarrow y Tilly llamarían *brokerage* o agente negociador) y una participación casi semanal en marchas, demostraciones, clases públicas, sentadas, cortes de calles, durante el año. En estas protestas (que fueron, desde 2 de enero a 30 de septiembre, 28 en las primeras dos semanas de diciembre), los manifestantes no sólo se encontraban en la calle y

⁴ Nombres de prominentes funcionarios nacionales y provinciales.

se daban “cuenta de que no estábamos solos, era increíble” –como lo describía Nana–, sino que también aprendían a lidiar con la creciente represión policial. “Aprendimos a devolverles los gases lacrimógenos.” Incluso una mirada superficial a los eventos que ocurrían en la región durante esa época notaría que las acciones del 16 fueron cualquier cosa menos espontáneas, que el estallido “se veía venir” desde hacía ya unos meses. ¿Por qué razones los manifestantes enfatizan tan vehementemente en el carácter espontáneo de la movilización? ¿Cuál es el significado de esta afirmación en el contexto de sus recuerdos?

Quizás la insistencia en la espontaneidad signifique otra cosa que revuelta sorpresiva. Quizás la espontaneidad, como es recordada hoy en 1999, significa que los manifestantes estaban siguiendo un imperativo moral que los urgía a actuar y estaban expresando su decisión de romper con una creencia compartida sobre la supuesta apatía provincial. Como lo expresaba María, del sindicato docente, “me gusta lo que hicimos. Si no hubiéramos hecho eso, hubiéramos sido unos indignos. Aunque se haya quedado ahí, quedó en un estallido...”. Por un lado, al afirmar la iniciativa local, la espontaneidad denota una respuesta al marco oficial de los eventos que pone a los agitadores externos como motor principal de la “furia popular”. Por otro lado, al afirmar la dignidad de los manifestantes, la espontaneidad expresa un esfuerzo por realzar una visión moral, como diría Jasper (1997), una visión que, si bien abarca, trasciende el simple reclamo material. Así es como Nana explica sus acciones: “Porque quería protestar, porque no me parecía justo lo que estaba pasando. Sí, es cierto, uno quería que le paguen, pero también quería terminar con la basura de gobierno que teníamos, terminar de alguna manera con darle la papa a tanta corrupción”.

Fue espontáneo porque no se trató únicamente de sueldos impagos, fue una protesta moral, acción directa contra quienes eran percibidos como los causantes de tantos males: “Fue como un castigo...Yo estaba orgullosa de lo que había pasado. Sentí como que habíamos dado un castigo”, me decía Nana. Para ella la revuelta no fue sólo “un mero reclamo salarial”, sino que tuvo (y, como veremos, aún tiene) un significado más abarcador: tuvo que ver con la justicia y con el respeto.

Esa noche, cuando todavía se sentía el olor a quemado, yo pensaba, bueno, tuvimos que poner tanto el pecho, armar tanto quilombo para que al menos se hable de Santiago desde la capital federal, para que Santiago salga por una vez en su historia en la tapa de *The New York Times*, porque también lo sabíamos. Somos la primera provincia y la más pobre, la más postergada, donde más nos cuesta educar a nuestros hijos, criarlos sanos, donde más nos cuesta abrirnos un futuro digno... Se tuvo que hacer mucho quilombo [desorden, lío], para que alguien te lleve el apunte, para que se interese...

La espontaneidad entonces funciona como un rechazo a la supuesta presencia de activistas externos y como una afirmación de la dignidad de los ma-

nifestantes, una dignidad que va en contra del marco oficial de los eventos que construye al “estallido” como un simple reclamo salarial. Así como para Mario (pero por razones enteramente diferentes), para los manifestantes la revuelta fue una afirmación de dignidad, fue un enfrentamiento a los corruptos.

“Nosotros queríamos en el fondo que fuera un despertar, el inicio de una nueva etapa política, un símbolo histórico, un antes y un después, y, bueno, le adjudicábamos muchos símbolos... Y en contrapartida, había en general la derecha, quería hacer aparecer como que esto era sólo por salarios... un periodista fue el que más perfeccionó su argumento de que éste es un pueblo que se calienta si no le pagan, si le pagan van con el que le pagan”, dice Roberto. Él reconoce expresamente cierta verdad en la interpretación dominante de los eventos que sostiene que el 16 de diciembre estuvo lejos de ser todo eso. Pero insiste en la existencia de un significado más abarcador –aunque no realizado– de la protesta: “(E)s indiscutible [como dicen algunos periodistas] que la gente se sublevó porque no le pagaban, también es indiscutible que la gente naturalmente quemó los edificios de las instituciones y si los quemó es porque para ellos no significaban nada. Y eso no se lo va a poder sacar nunca de la historia de Santiago, porque están avisados...”. La dimensión dignificadora de la protesta es algo que muchos de los manifestantes que entrevisté quisieran ver en los eventos pero que los episodios que vinieron luego del 16 (sobre todo la reelección del gobernador Juárez) ponen en duda. “Parecía en ese momento que el santiagueño recuperaba su dignidad, su capacidad de protesta. Eso era positivo. Lo veíamos como muy sano... también fue una lección para los políticos. El *santiagueño* se la aguanta, se somete. Pero que todo tiene un límite, que es capaz de reaccionar. De alguna manera eso está ahí. Ustedes pueden seguir ajustando las tuercas, pero ojo que ha habido un *santiagueñazo* y se puede repetir... es una posibilidad latente...”. En otras palabras, la dignidad, la dimensión moral expresada durante ese día, es una suerte de potencial que, como tal, está abierto a interpretación y reinterpretación. Nadie lo expresa mejor que Nana cuando dice: “Para mí, el *santiagueñazo* es una sinfonía inconclusa”. La revuelta es un *proyecto* que va más allá de la prosecución de un interés material y apunta a la realización de una cultura política diferente: “Lo vimos como algo sano, como una suerte de liberación de un miedo muy internalizado. Fue un aire fresco, un viento de esperanza”, sostiene René. De la misma manera que para *El Liberal*, pero nuevamente por razones diferentes, la historia del 16 de diciembre “aún está por escribirse”.

El “aire fresco”, el “fuego purificador” –como lo definió otro manifestante–, encuentran clara expresión en la naturaleza festiva que la protesta tuvo para muchos. Cierto es que la furia y el disgusto figuran de manera prominente en las descripciones de los manifestantes. Pero la entrevista etnográfica posibilita el surgimiento de otras percepciones y emociones. En contraste con la “tristeza” oficialmente construida, muchos manifestantes hacen referencia a la diversión y al goce que experimentaron ese día: “Fue muy cómico”, acuerdan Roberto y Nana.

“¡Devuélvanos al gordo!”. La protesta como fiesta

“Hay muchas anécdotas muy interesantes. Nos moríamos de risa. ¿Querés que te las cuente?” Roberto me preguntó sonriendo. Lo que siguió fue una serie de relatos que contradicen la tristeza y la pena que dominan el marco oficial de los eventos. “Nos moríamos de risa. Fue muy cómico”.

Las calles principales de Santiago se convirtieron en escenario de una performance colectiva inolvidable. “Por un día Santiago fue nuestro”, me decía Nana. Y Marcelo, un joven periodista, recuerda la atmósfera festiva de los saqueos:

Sí... sí... hay mucha gente que ha ido de espectadores. Cuando estábamos en la terraza era algo risueño, divertido porque la gente estaba sentada en la terraza con sombrilla, porque hacía mucho calor, viendo lo que estaba pasando. Y se comentaba, “miralo aquél como sale con esa valija, miralo a aquél con el chanchito”... Sacaban puertas, sillas, valijas con ropa adentro...

Los manifestantes no trazan una línea divisoria entre los apenados espectadores y los furiosos participantes que la memoria oficial construye. En sus recuerdos, el espectáculo observable se confunde con la fiesta experimentada. No sólo existe un “vínculo de simpatía” entre aquellos que se sumaron a la multitud y aquellos que la miraron desde la vereda o en el aparato de televisión, sino que hay un intercambio constante entre los roles de espectador y participante activo. Como lo expresa René:

Yo en ese momento tenía un Citroën. Como a las 3 de la tarde, por televisión veíamos que seguían quemando las casas. Y la televisión y la radio transmitían como si fuera un partido de fútbol: “Ahora se dirigen a la casa de...” (risas). Entonces por la TV alcanzamos a ver que le estaban incendiando la casa a Juárez. Yo estaba con mis tías. Y se veían espectadores que miraban con satisfacción. Las cargué a mis tías en el Citroën, y me fui al barrio Belgrano a mirar. A media cuadra de la casa, la gente de aquí del centro que se había agolpado en sus autos, mirando todo como se hacía... La gente festejaba... Yo también (risas)... claro... si nos estaban masacrando...

Y María agrega: “Lo veíamos como un espectáculo popular, una cosa del pueblo, nosotros lo veíamos como una gesta popular, como una cosa del pueblo, bien espontánea, y comprensible”. La triste y penosa revuelta de la versión oficial es recordada por los participantes como una experiencia placentera y entretenida. “¡Qué va a ser triste!”, decía Sergio en abierta referencia al titular de *El Liberal*, “triste para ellos que se les quemaba la casa”.

... [en la casa del ex ministro de Obras Públicas] Las ventanas del dormitorio de arriba estaban enrejadas y los muchachos ya habían saqueado todo. Ya habían empezado a incendiarla, y vos veías que las llamas subían. Y habían quedado unos muchachos arriba que no iban a poder salir por la ventana, porque era de rejas, y vos veías que ellos se quedaban, revisaban (risas). Y afuera una multitud,

todos preocupados para ver cuándo salían esos tipos, una mina levanta un zapato bellísimo rosado, y aparece un morocho entre las rejas que la ubicaba, se ve que le tiraba cosas. Y ella le señala el zapato, y le dice “Necesito el otro” (risas). El loco se estaba jugando la vida y ella le pedía el otro zapato. Qué divino, un cagadero de risa era eso (Roberto).

Yo me quedé en tribunales, y después volví a la casa de gobierno, disfrutaba el momento, caminaba por las calles, veíamos, caminábamos, dábamos la vuelta por tribunales.... Nosotros estábamos de festejo, tranqui... yo nunca me he fumado un porro pero me imagino que debe ser algo parecido... sí, porque lo disfrutábamos, como sentarse a fumar un faso y tomar un café con un buen amigo. Nos sentamos, y en eso estábamos sentados, disfrutando de todo eso, con el calor aquí, de lo que se quemaba la casa (Nana).

Los reportes periodísticos mencionan muy superficialmente los aplausos y las vivas de quienes miraban la quema y el saqueo. En las memorias de los participantes, la celebración ocupa un lugar central. Un conjunto de imágenes apuntan a una dimensión carnavalesca presente en ese día: imágenes de parodia, degradación y abierto insulto. Una de las imágenes más citadas entre los entrevistados es la de un manifestante sentado en la silla del gobernador, sus brazos abiertos, saludando a la multitud desde los balcones de la casa de gobierno. “Eso realmente me impresionó”, recuerda René; “eso fue lo que más me impactó”, afirma Juana. Abajo, la gente pintaba con aerosol las paredes del edificio con insultos y amenazas a las autoridades: “X traidor. Te vamos a matar”; “Que Dios me perdone, Obispo, sos un hijo de puta”. Episodios de profanación ritual también son recordados como cómicos: “Este tipo le meó toda la cama a Nina y a Juárez... toda, así... fue tan cómico”. Una degradación que aún continúa: “¿Te imaginás lo lindo que es cagar en el inodoro de la Nina?”, me preguntaba un señor ya mayor al final de nuestra conversación.

Durante esta festiva destrucción, los participantes señalan la conformación de una comunidad: “Una cosa que me llamó la atención –comentaba Roberto– es que nadie se peleaba con nadie en el saqueo. Cada uno se llevaba algo y nadie lo molestaba”. No era la guerra hobbesiana de todos contra todos; nadie “ni siquiera tocaba lo que otro estaba sacando”, decía Gustavo, otro joven periodista. Para él, la protesta “fue una fiesta, una catarsis y una venganza”. La transitoria comunidad que se formó entre los manifestantes transformó al castigo en festejo, y, por un día, dio vueltas a las jerarquías sociales y políticas locales:

En una de esas vemos que venía un gordo enorme, impresionante, con un diván, una joya, una pieza única debe haber sido, una belleza. El gordo lo transportaba solo, caminaba por medio de la (calle) 9 de Julio, como dueño de su casa. En eso se da vuelta y viene un carro de policía lleno de policías de la guardia de infantería. Frena y era obvio que había que meterlo en cana [cárcel], el gordo no podía negar que estaba robando. Entonces lo rodean, le hacen bajar el sillón y lo sientan. El gordo tampoco ofreció resistencia, ocupó toda la caja y se sentó de espaldas a la cabina. Y se dejó llevar. Cuando da vuelta, la gente para a la policía. Y dicen:

“¡Devuelvan al gordo, devuelvan al gordo!”. Ya era joda. Y uno grita: “¡Te cambiamos el gordo por el sillón!” (risas). Vos sabés que lo cambiaron. Lo bajaron al gordo y la cana [policía] se llevó el sillón... ¡Qué bueno! La gente aplaudía [risas].

En los recuerdos de los participantes, no hay activistas ni agitadores externos, tampoco tristeza ni arrepentimiento. Por el contrario, el 16 de diciembre tiene elementos de una igualación carnavalesca. Ese día es recordado como “un tiempo privilegiado en el que lo que se pensaba podía ser por una vez expresado con relativa impunidad”, un tiempo especial que Peter Burke (1978) ve como una característica de los rituales populares. Ese día es recontado como una “suspensión temporaria de todas las distinciones y barreras jerárquicas”, que Bakhtin define como central en el carnaval (Bakhtin, 1984,15; Stallybrass y White, 1986). Como recuerda René:

Yo te cuento lo que yo he vivido cuando me iba a la casa de Juárez. Estaba gente conocida, nos saludábamos mientras veíamos el fuego. Y la gente que salía con sillas. Gente como nosotros, nada de activistas, ni Sendero Luminoso, ni nada. Entonces con el Citroën agarramos por una calle para volver y nos cruzamos con un automóvil de la policía, con cuatro o cinco policías. Ellos tocaron bocina y saludaron. Y yo también. Primera vez en la vida, porque generalmente los rechazo. Toqué bocina y nos saludamos. Como hermanos, no sé [risas].

Las historias que cuentan los participantes no contradicen la versión oficial en términos factuales, esto es, en lo que se refiere a lo que sucedió. Ciertamente es que, como es de esperar, estas historias son más detalladas en cuanto a las acciones directas. Sin embargo, cuando se refieren al carácter recreativo de las acciones, a sus formas grotescas y paródicas, al momento liminal en el que se conformó una comunidad de iguales en contra de los detentadores del poder, las historias de los manifestantes apuntan a un significado más profundo de los eventos, a una dimensión carnavalesca de los episodios sobre la cual la versión oficial de los eventos calla.

La reina del carnaval: la etnografía como reconocimiento

Hacer etnografía tiene momentos muy tediosos, pero también tiene otros fascinantes⁵. El día en que Nana me regaló el cristal de la araña de la casa de gobierno fue uno de ellos. Revisar los archivos de uno de los periódicos locales y ver una fotografía de ella gritando durante una manifestación callejera dio lugar a otro de esos episodios memorables. “Estaba leyendo los periódicos de esos días, y vi tu foto con una línea que decía ‘Joven insulta a la prensa’”, le

⁵ Es importante remarcar que aquí me refiero no a una etnografía de la protesta sino a una etnografía de las memorias de ésta. La distinción es crucial porque la investigación no se desarrolló durante la protesta (esto es, inmersa en el mismo tiempo y espacio junto a los manifestantes) sino seis años después de la misma, centrándose en los recuerdos de la misma. En este sentido hablo de una etnografía de la memoria del evento, no de la protesta en sí.

comenté a Nana en una de nuestras largas conversaciones. “Joven insulta de forma virulenta a la prensa, sí soy yo...”, y sonriendo me explica:

Estaba puteando [insultando] porque me ofendía que se pusieran del otro lado de los canas [policías], porque a mí me hubiera gustado que como laburantes hubiesen estado de este lado y no fotografiándonos para el escrache. Cuando pedí la foto, me la negaron. Y me fotografió el mismo fotógrafo que me fotografiaba cuando era bailarina... Era bailarina del carnaval...

Hacer etnografía no sólo tiene momentos singulares sino, como cualquier investigador sabe y pacientemente espera, tiene sus momentos de ruptura. El instante en que Nana me dijo que había sido por largo tiempo bailarina en el carnaval santiagueño, una nueva dimensión de su historia comenzó a surgir.

Sí... era bailarina del carnaval... la mejor, bueno eso es lo que decían. Eso fue en la época del proceso, cuando mi mente todavía estaba en pañales.... Siempre era noticia. Me llamaban si había que hacer alguna ceremonia, me pedían que colaborara, “vos que sos la mejor bailarina del carnaval”. Era un premio que se instituyó desde que yo salí a escena. “Qué lindo que baila esta chica, hay que tener un premio”, dijeron. Entonces inauguraron el premio a la mejor bailarina del carnaval.... Cuando tenía 18 años entraba a cualquier lado y todo el mundo se codeaba.

Para quienes participaron en un evento públicamente negado (“algo que la gente sigue diciendo que no existió”, como Nana me dijo repetidas veces), para personas que viven en una provincia olvidada en una región olvidada (“la más pobre, la más postergada, donde más nos cuesta educar a nuestros hijos, criarlos sanos, donde más nos cuesta abrirnos un futuro digno”), la entrevista etnográfica –lejos de ser aquel acto intrusivo de la mirada científica– constituye una “oportunidad para contar parte de su historia” (Scheper-Hughes, 1994, 28). Ésta es percibida como un medio de comunicación, como una manera de intrometerse ellas mismas en las narrativas públicas, en las cuales no muy usualmente se les permite tener presencia alguna. El encuentro etnográfico es, entonces, parte de una lucha política continua por el sentido de la protesta, una ocasión en la cual pueden recrear parte de la diversión que experimentaron (“fue un cagadero de risa”, “como fumarse un porro”), pueden formular lo que en ese momento esperaban (“un despertar”), pueden evaluar el impacto de ésta en sus propias vidas y en la vida de la comunidad (“Estaba orgullosa”, “algo positivo en la historia de Santiago”), pueden hacer oír sus voces en esta historia “que aún está por escribirse”, y/o pueden intentar vincular sus propias biografías con la importancia y significado del evento, como cuando Nana comenzó a hablar de la relación entre “su carnaval” y el 16 de diciembre.

En este inusual intercambio de comunicación que, si se realiza con cuidado, ofrece la entrevista etnográfica, las personas tienen “una excelente oportunidad... para testificar, para hacerse escuchar, para transferir su experiencia de la esfera privada a la esfera pública...” (Bourdieu, 1996, 24). Tienen una oportunidad para adquirir parte del respeto que perseguían cuando protesta-

ban o cuando buscaban (o guardaban en secreto) objetos saqueados. La entrevista no *genera* estas historias. Sólo produce las condiciones en las que éstas pueden surgir y desarrollarse, el espacio en el que Mario puede intentar reclamar su honor al contar(me) su “versión de los hechos”, o en el que Nana puede intentar dar sentido a su vida:

Treinta y seis años tengo, y treinta y seis años de comer bosta. Muchas veces me deprimó y me pongo a pensar, sobre todo en una sociedad en la que todo lo que vos sos está negado. Si yo soy parte del *santiagueño* y vos estás hablando con gente que dice que el *santiagueño* no existió, es como decir que (Nana) es una farsa, que no existe... yo muchas veces caigo, me voy a la mierda... Yo pienso que una de las cosas que hacen que yo me confirme de nuevo en esos 36 años de comer mierda... es que vos estés aquí y estés hablando conmigo. Y que te vas a ir y vas a hacer un laburo. A mí no me interesa lo que vos escribás, vos vas a escribir lo que vos descifrés lo que fue esto. Y yo voy a estar chocha [feliz] de la vida, pongás lo que pongás, que fue un carnaval o no, no me interesa. Pero a mí me da la certeza de que yo hice la posta.

Como vemos, la entrevista es una oportunidad para responder a la versión oficial del evento. Es también una ocasión para establecer un diálogo sobre posibles interpretaciones erróneas. Cuando –intuyendo algún vínculo entre su activa participación en la protesta del 16 y su vida anterior como reina del carnaval– sugerí algunas implicaciones de lo carnavalesco, Nana me aclaró de inmediato de cuál carnaval deberíamos estar hablando: el carnaval como experiencia vivida, el carnaval no como “un espectáculo visto por el pueblo” sino como un mundo en el que el pueblo “vive” (Bakhtin, 1984, 7); su carnaval.

Nana-(si alguien dice que el *santiagueño* fue un carnaval)... Y me va a doler, me va a doler, porque no somos mayoría, pero un grupo de santiagueños somos orgullosos del *santiagueño*, y... vemos en el *santiagueño* una sinfonía inconclusa... Javier-¿Por qué te enojarías si alguien dice que fue un carnaval, con las cosas buenas y las limitaciones que tiene un carnaval?
Nana-¿Porque el *santiagueño*, asimilarlo al carnaval en el que te mojan o te ensucian o hacen cosas que no permitís, no. Asimilarlo al carnaval que yo viví, al que yo me creía que era la diosa del baile, y estaba en el limbo porque estaba en lo mío, estaba en mi salsa y lo disfrutaba, si tengo que compararlo a mi carnaval que me transpiraba y me chupaba seis kilómetros por noche, por baile, a ese carnaval sí. Porque no era la lindita ni la colita lo que se movía. Era una bestia que iba bailando y que se comía todo. Si es ese carnaval, sí. Porque dejaba el alma, yo dejaba el alma en el carnaval.

Como un *keeper of records* (depositario de los archivos) (Scheper-Hughes, 1994; ver también Bourgois, 1995), como un escucha activo y metódico que fomenta un “autoanálisis inducido y acompañado” (Bourdieu, 1996, 24), el etnógrafo puede también jugar un rol importante en un acto de reconocimiento. En este caso, se trata de un reconocimiento que muchos manifestantes buscan activamente en el acto de contar sus historias. En este sentido es que uno podría decir que las historias son, en parte, productos discursivos de la entre-

vista interactiva. Sin embargo, estas historias no son un producto artificial, sino un “discurso extraordinario... que ya estaba allí, aguardando meramente las condiciones para su actualización” (Bourdieu, 1996, 24). El carácter moral del acto etnográfico de ser testigo (que Scheper-Hughes recupera de los ataques posmodernos con su *good enough ethnography*) se encuentra, en este caso, con la necesidad que los manifestantes tienen de seguir expresando su descontento, de seguir manteniendo viva la memoria de ese día y de expresar su propia dignidad.

Sed de reconocimiento es lo que las historias de Nana, la reina del carnaval, y de Mario, el honorable policía, tienen en común. A pesar de estar en lados radicalmente opuestos, para ambos haber tomado parte de la protesta se convirtió en un tema personal. Sus vidas, desde ese entonces, han cambiado radicalmente: Mario fue despedido de la fuerza policial y trabaja ahora como agente de seguridad privado; Nana aún trabaja en los tribunales pero es hoy reconocida como una militante y es asiduamente invitada a reuniones sindicales de izquierda como una “activista del *santiagoñazo*”. Sus identidades están hoy marcadas por el “fuego purificador” del 16 de diciembre. Ambos llevan su participación como un distintivo de honor. Fue un día en el que hicieron lo que había que hacer y un momento en el que, en medio de la confusión, hicieron “lo correcto”. Contar sus historias es parte de una búsqueda de respeto, reconocimiento y dignidad; recordar ese día es parte de la continua construcción de sus identidades.

Conclusiones y tareas futuras

Este es un primer intento por reconstruir las diferentes memorias de una protesta muy singular en la Argentina contemporánea. Las memorias de los manifestantes no están fuera ni separadas de la narrativa oficial, sino que participan de un diálogo condicionado con y por ella. Si bien mi presencia y el acto de la entrevista activan y amplifican el diálogo, esta no es una conversación creada por mí, una yuxtaposición de voces producida en el acto de “escribir la memoria”, sino un intercambio, trazos del cual están presentes en los testimonios de los participantes en la forma de alusiones explícitas o contestaciones a “lo que se dice por ahí”, a lo que “un periodista asegura”, a lo que “alguna gente cree”.

Este artículo exploró este continuo proceso de contestación de la memoria como uno de los legados más importantes del episodio. También intentó examinar la entrevista etnográfica como un espacio en el cual algunos significados desplazados pueden ser reconocidos y algunas interpretaciones pueden ser disputadas. Reconocimiento y respeto están en el centro tanto de las memorias de los manifestantes como de la relación entre etnógrafos y sujetos.

La relación entre las narrativas dialógicas y las experiencias contenciosas es compleja y problemática. Los actores gritaban y reclamaban diferentes co-

sas (y un trabajo futuro debería dar cuenta de la heterogeneidad y los distintos anclajes relacionales de estas distintas voces), y experimentaban los eventos de manera también disímil (como un “despertar”, como una “venganza”, como una “búsqueda de respeto”, etc.). Lo que es aún más importante para el presente trabajo: lo que los manifestantes dicen que reclamaban seis años después de los eventos no necesariamente da cuenta de: a) lo que estaban reclamando en ese momento, y b) las maneras en que experimentaban esos reclamos. En otras palabras, las narrativas orales no necesariamente revelan patrones de conducta de forma directa (Passerini, 1987; James, 1997). Como lo expresa Daniel James en su provocador análisis de la historia de vida de doña María:

Si el testimonio oral es una ventana hacia lo subjetivo en la historia, hacia el universo cultural, social e ideológico de los actores históricos, debe decirse que la visión que éste nos proporciona no es una visión transparente que simplemente refleja pensamientos y sentimientos tal y como fueron/son. A lo sumo la imagen es refractada, el vidrio de la ventana no es claro (1997, 36).

En todo su carácter incierto, las historias que los actores cuentan luego del evento no sólo hablan de la continua construcción política del evento (la “construcción social de la protesta”), sino que también dan cuenta de las esperanzas, expectativas, emociones y creencias de los manifestantes. Poco claras como estas voces son –aún más porque han sido oscurecidas por el discurso oficial– constituyen una importante ventana hacia la trama de significados en la que la protesta estuvo y está anclada y, por tanto, hacia la comprensión del evento. Las historias que cuentan los manifestantes son una de las pocas llaves que –si bien oxidadas, dobladas e impredecibles– nos permitirán comenzar a contestar la pregunta que E.P. Thompson formuló hace ya un tiempo: “Teniendo hambre, ¿qué hace la gente? ¿Cómo es su comportamiento modificado por la costumbre, la cultura y la razón?” (Thompson, 1993, 187).

Además de los manifestantes y las élites, ha habido y hay otros participantes en este proceso de disputa de la memoria: curas católicos, intelectuales locales, artistas. Los recuerdos de los participantes están, sin duda, influenciados y en diálogo con estas otras prácticas mnemónicas (obras de teatro, libros, videos, conmemoraciones públicas del evento, etc.). Dado que las historias que la gente cuenta sobre “lo que pasó” el 16 de diciembre están, sin duda, conformadas en parte por estas prácticas, deberíamos prestar atención al trabajo de lo que Fine (1996) llama “empresarios de la reputación” (actores involucrados en una lucha por el control de las representaciones del episodio)⁶.

⁶ La conversaciones beligerantes también se desarrollan en el tiempo. Una vez examinada la forma del diálogo, necesitamos estudiar cómo las memorias del 16 de diciembre se transforman en el tiempo. En otras palabras, para examinar la memoria debemos realizar un análisis diacrónico y sincrónico.

Las historias que relatan los manifestantes y los objetos –los *souvenirs*– que conservan pueden ser parte de una política difusa de inversión de jerarquías (Stallybrass y White, 1986) o de una infrapolítica de resistencia (Scott, 1985; 1990). De ser así, deberíamos explorar esta heterogeneidad de voces y de objetos como resto cultural activo y como base discursiva potencial de acciones colectivas, y examinar también las condiciones bajo las cuales esta base discursiva puede convertirse en acción beligerante (ver Tilly, 1991; Tarrow, 1998). Las historias y los *souvenirs* pueden servirnos de entrada para indagar el continuo proceso de constitución y reconstitución de la cultura política local y de las maneras de hacer política, para saber, en otras palabras, si el 16 de diciembre fue o no fue “una lección para los políticos”.

Bibliografía

- Bakhtin, Mikhail (1984): *Rabelais and His World*, Bloomington, Indiana, Indiana University Press.
- Bourdieu, Pierre (1991): *Language and Symbolic Power*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press.
- _____ (1996): “Understanding”, *Theory, Culture and Society* 13, nº 2, pp. 17-37.
- Bourgois, Philippe (1995): *In Search of Respect*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press.
- Burke, Peter (1978): *Popular Culture in Early Modern Europe*, Inglaterra, Wildwood House.
- Cerulo, Karen (1997): “Identity Construction: New Issues, New Directions”, *Annual Review of Sociology*, vol. 23, pp. 385-409.
- Coronil, Fernando and Julie Skurski (1991): “Dismembering and Remembering the Nation: The Semantics of Political Violence in Venezuela”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 33, nº 2, pp. 255-87.
- Curitto, José (1994): “El patrón omnipotente y la pobreza moral”, *El estallido social en Santiago*, pp. 3-6.
- Curitto, José and Julio Rodríguez (1994): *¡Arde Santiago! La verdadera historia del estallido social de Santiago del Estero que asombró al país y al mundo*, Tucumán, Ediciones El Graduado.
- Dargoltz, Raúl (1994): *El Santiagueñazo. Gestación y crónica de una pueblada argentina*, Buenos Aires, El Despertador Ediciones.
- Denzin, Norman e Yvonna Lincoln (1994): *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks, Sage Publications.
- Díaz, Oscar (1994): “La culpa fue haber callado”, *El estallido social en Santiago*, pp. 49-54.
- El Liberal* (1994): “Las noticias de los últimos días explican el estallido”, *El estallido social en Santiago*, pp. 7-9.

- Emerson, Robert (1983): *Contemporary Field Research: a Collection of Readings*, Boston, Little Brown.
- Fine, Gary (1996): "Reputational Entrepreneurs and the Memory of Incompetence: Melting Supporters, Partisan Warriors and Images of President Harding", *American Journal of Sociology*, vol. 101, n° 5, pp. 1.159-1.193.
- Gallardo, Gustavo (1994): "Un costo social difícil de remediar", *El estallido social en Santiago*, pp. 38-42.
- Garay, Alejandro (1994): "El estallido social en La Banda", *El estallido social en Santiago*, pp. 20-25.
- James, Daniel (1997): "Tales Told Out on the Borderlands. Doña María's Story, Oral History and Issues of Gender" en John French and Daniel James (editores), *The Gendered Worlds of Latin American Women Workers: from Household and Factory to the Union Hall and Ballot Box*, Durham, NC, Duke University Press, pp. 31-53.
- Jasper, James (1997): *The Art of Moral Protest*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Jozami, Marcelo (1994): "Cansado de tanta corrupción", *El estallido social en Santiago*, pp. 26-32.
- Luna, Gabriela (1994): "Un largo camino de inacción, injusticia y corrupción", *El estallido social en Santiago*, pp. 55-60.
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly (próximo a publicarse): *Dynamics of Contention*.
- Passerini, Luisa (1987): *Fascism in Popular Memory. The Cultural Experience of the Turin Working Class*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press.
- Polletta, Francesca (1998a): "Contending Stories: Narrative in Social Movements", *Qualitative Sociology*, vol. 21, n° 4, pp. 419-446.
- _____ (1998b): "'It Was Like a Fever...' Narrative and Identity in Social Protest", *Social Problems*, vol. 45, n° 2, pp. 137-159.
- Rodríguez, Julio (1994): "Clase dirigente carente de autoridad moral", *El estallido social en Santiago*, pp. 33-37.
- Rudé, George (1964): *The Crowd in History*, Nueva York, John Wiley & Sons.
- Scheper-Huges, Nancy (1992): *Death Without Weeping. The Violence of Everyday Life in Brazil*, Berkeley, CA, California University Press.
- Scott, James (1990): *Domination and the Arts of Resistance*, New Haven, Yale University Press.
- _____ (1985): *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press.
- Soria, Oscar (1994): "Las peleas del poder, un drama teatral de la escena política", *El estallido social en Santiago*, pp. 65-70.
- Stallybrass, Peter y Allon White (1986): *The Politics and Poetics of Transgression*, Nueva York, Cornell University Press.
- Steinberg, Marc (1999): *Fighting Words. Working-Class Formation, Collective Action, and Discourse in Early Nineteenth-Century England*, Ithaca, NY, Cornell University Press.
- _____ (2000): "The Talk and Back Talk of Collective Action: A Dialogic Analysis of Repertoires of Discourse among Nineteenth-Century English Cotton Spinners", *American Journal of Sociology*, vol. 105, n° 3, pp. 736-780.
- Tarrow, Sidney (1996): "The People's Two Rhythms: Charles Tilly and the Study of Contentious Politics", *Comparative Studies in Society and History*, pp. 586-600.
- _____ (1998): *Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Thompson, E. P (1993): *Customs in Common*, Nueva York, The New Press.

- Tilly, Charles (1998): "The Trouble with Stories" en Ronal Aminzade y Bernice Pescosolido (ed.), *Teaching for the 21st Century: The Handbook for Understanding and Rebuilding the Social World of Higher Education*, California, Thousand Oaks, CA, Pine Forge Press.
- _____ (1999): "Spaces of Contention", trabajo no publicado, Nueva York Columbia University.